

«**Mi camino no es el único camino.**»
(Aanakasaa, abuela de Angaangaq.)

Prólogo

Cada vez que regresaba de mis viajes por el mundo, mi madre Aanaa Aanaqqii invitaba a todos los Más Ancianos que conocía, a los que yo debía contarles sobre esos viajes. Eso hicieron mi padre y mi madre desde el año 1975. Para ambos era muy importante que los Más Ancianos supieran qué experimentaba yo en mi mundo. Cuando nuestro padre Aataa Aataqqii abandonó el mundo terrenal, mi madre prosiguió con esta tradición e invitaba a su casa a los Más Ancianos.

Un día del año 1978 regresé de un viaje en el que había pronunciado conferencias y participado en discusiones y reuniones. Había hablado ante los hombres del mundo occidental, entre otros ante las Naciones Unidas, sobre el hecho de que el Gran Hielo se estaba derritiendo en Groenlandia, y la gente me había aplaudido. Me sentía orgulloso. Y rebosante de ímpetu volví aquella vez a casa y conté a los Más Ancianos sobre los importantes discursos que había pronunciado. Los Más Ancianos replicaron: «¿Y ellos te escucharon, hijo mío?» Entonces comprendí que de puro orgullo no había reflexionado si la gente que estaba allí sentada había escuchado realmente mis palabras. Y cuanto más hablaba y viajaba, más deprimido me sentía. No paraba de hablar y, sin embargo, sentía cada vez con más intensidad que mi discurso no llegaba a la gente. Recuerdo muy bien que fui a buscar a mi madre y le dije que tenía la impresión de que nada cambiaría. Cada vez que yo hablaba, la audiencia me aplaudía. Me daban la razón y asentían amablemente. Pero no ocurría nada. De modo que pregunté a mi madre qué debía hacer. Estábamos en su sala de estar, ella sentada en una silla que había pertenecido a nuestro padre y ahora era su silla preferida. Se puso de pie. Yo hice lo mismo. Cogió mis dos manos y alzó la mirada hacia mí, pues yo era un poquito más alto. Luego sonrió con su sonrisa fascinante, cerró los ojos y yo hice lo mismo.

Entonces me dijo: «Hijo, tú sabes que habrás de recorrer otros caminos». Recuerdo que le respondí con vehemencia: «¡Sí!» Y ahí nos quedamos ambos de pie, cogidos de las manos y mirándonos con los ojos cerrados. Y ella me repitió: «Hijo mío, tú sabes que habrás de recorrer otros caminos. Partirás a derretir el hielo en los corazones de los hombres. Sólo si derretimos el hielo en los corazones de los hombres tendrá el ser humano la posibilidad de transformarse y utilizar sabiamente sus conocimientos». Luego guardó silencio.

Creí que había terminado. Abrí los ojos y la miré. Ella también abrió los ojos y sonrió con su fascinante sonrisa. Le dije: «Sí, pero ¿cómo podré hacerlo?» Ella volvió a cerrar los ojos. La sonrisa fascinante seguía jugueteando en sus labios. También yo cerré los ojos y ella repitió entonces: «Hijo, tienes que aprender a derretir el hielo en los corazones de los hombres. Sólo si derretimos el hielo en los corazones de los hombres, tendrá el ser humano la posibilidad de transformarse y utilizar sabiamente sus conocimientos». Y al decir esto estrechó suavemente mis manos. Cuando abrí otra vez los ojos, miré a mi madre y vi su sonrisa, particularmente fascinante. Y antes de que yo pudiera decir una sola palabra, ella se volvió y se dirigió a su querida cocina.

Me quedé pensando en las instrucciones que acababa de recibir y me pregunté qué significado tendrían. Pues entre todas las enseñanzas que nos había impartido nunca me había explicado cómo derretir el hielo en los corazones de los hombres para que el ser humano aprendiera a utilizar sabiamente sus conocimientos.

Hoy viajo de un extremo al otro del mundo como chamán, Más Anciano, curandero, contador de historias y custodio de la verdad. Por todas partes me encuentro con los Más Ancianos de los pueblos, tribus y aldeas. En todas partes me instalo para asistir a las fiestas de las abuelas.

Me asombra ver lo atentos que son, con qué atención esos hombres siguen los cambios que se operan en el mundo y con qué precisión perciben las necesidades espirituales de los demás hombres. He visitado lugares de este mundo en los que los hombres ya no se conocían a sí mismos, perdidos en su lucha por la supervivencia, buscando desesperados un amor que anhelaban.

Yo crecí en una pequeña aldea de Groenlandia, en la que los hom-

bres eran —y lo siguen siendo hoy— pescadores y cazadores. Vivíamos exactamente tal y como habían vivido nuestros abuelos. Vivíamos y sobrevivíamos gracias a los dones de la naturaleza. De hecho, no había nada más que lo que nos proporcionaba la madre naturaleza.

El pueblo de los esquimales Kallaalit tiene una antigua profecía: el día en que el Gran Hielo duro como la piedra se vuelva tan blando que no puedas imprimir en él la huella de tu mano, tendrás una señal de que la madre Tierra está muy perturbada. Mi madre Aanaa Aanaqqii decía que nunca hubiera pensado que esta profecía se cumpliría estando ella viva y que sería testigo de ese cumplimiento. Sin embargo, en el año 1963 llegaron a nuestra aldea dos cazadores de nuestro pueblo y hablaron de un extraño fenómeno: de la poderosa capa de hielo del interior del país goteaba un riachuelo. Hoy ese riachuelo es un río, y el océano amenaza con devorarnos a todos.

Podemos aprender a escuchar la voz de esa montaña de hielo. Nos habla en una lengua de tiempos pretéritos, una lengua tan antigua que nadie sabe su edad. Exactamente como el tiempo mismo, que está ahí, inmóvil, ante nosotros, en espera de las decisiones que quieras tomar y cuyo sendero tendrás que seguir. Ha llegado el momento de escuchar, de escuchar cada vez con más atención. Escuchar el sonido de tu propio corazón. El *qilaut*, el tambor de los esquimales, es circular. Un círculo no tiene principio ni final. A ese círculo pertenecemos todos. La humanidad entera es un *qilaut*. El Uno Grande, el Hombre que nos ha creado, sólo Él empuña el mango del tambor, y cada vez que toca su borde, resuena el latido del corazón del hombre. Y cuanto más fuerte resuena ese latido, mejor le va al hombre.

Hay una antigua oración que dice: «Mi esperanza es que todos nosotros tengamos un latido fuerte, de suerte que podamos ser todos sanos». Y como también es el latido de tu corazón, él te responderá siempre que le hables. Cuanto más fuerte sea el latido del corazón, más sano será el hombre, ¿escuchas tú el latido del corazón de los hombres? ¿Cuán fuerte es? ¿Cuán fuerte podría ser? Mira el mundo en el que vivimos. ¿Ves que somos nosotros los que hemos provocado los cambios?

Nunca antes habían tenido los hombres tantos conocimientos como hoy. Pero ese gran saber del que nos hemos apropiado no ha redundado en beneficio de la vida. Hemos hecho que las cosas sean cada vez más

difíciles. No hemos aprendido a utilizar sabiamente nuestros inmensos conocimientos. No hemos aprendido a tomar decisiones sabias.

Y ahora que el hielo se derrite en el suelo y las lágrimas de la madre Tierra afloran en forma de río, parece que el hielo en los corazones de los hombres fuera a congelarse todavía más, hasta ponerse más duro que nunca. Pero cuanto más duro se ponga el hielo en los corazones de los hombres, más difícil será llevar a cabo un cambio real. Por eso decía mi madre Aanaa Aanaqii que la humanidad no cambiaría mientras no se derritiese el hielo en los corazones de los hombres.

El hielo en el suelo se derrite fácilmente, en comparación con el hielo en el corazón de los hombres. Tan sólo necesitas apoyar tu mano sobre el hielo, y en un minuto será visible el perfil de tu mano. Así de simple es derretir el hielo en el suelo. Pero como decía mi madre Aanaa Aanaqii: «Lo más difícil es derretir el hielo en los corazones de los hombres. Y ahora ha llegado el momento de hacer precisamente eso».

He viajado por todo el mundo para propagar estas enseñanzas: mientras no aprendamos a hacer honor a nuestra responsabilidad espiritual y a mostrarnos dignos de estas enseñanzas, no aprenderemos a derretir el hielo en los corazones, ni en los nuestros ni en los de otros hombres. Si, en cambio, derrites el hielo en tu corazón, el mundo cambiará y tú estarás en condiciones de ayudar a otros a derretir el hielo en sus corazones. Y entonces todo nuestro mundo cambiará, hoy, mañana y en todo tiempo.

Oro para que tú y yo podamos prepararnos mejor y aprendamos a derretir el hielo en los corazones de los hombres.

¿Cómo empezaremos?

Empezaremos con una sonrisa.

La belleza de una sonrisa derretirá el hielo en tu corazón sin perder una sola palabra.

Oro para que aprendamos a cambiar el mundo estando nosotros vivos. Para que nuestros hijos puedan ver pasar aún muchas, muchas, muchas primaveras sobre la Tierra.

La fiesta
de la vida

Una llamada a la oración

Subo a la cima de la montaña para orar.

Y aquí estoy —solo— en la cima misma del mundo, contemplando la vastedad que me rodea.

Me siento muy pequeño, un simple puntito en medio de la grandeza de la creación.

El Gran Uno, el Creador, ¿me verá?, ¿me escuchará?

Entonces me di cuenta de que no estoy solo.

Los minerales están aquí conmigo, pero están dormidos.

Lo sé porque cuando camino sobre ellos no veo su belleza, están durmiendo.

Tengo que despertarlos para que puedan mostrar su poderosa belleza al Creador y orar conmigo.

Las plantas están aquí conmigo, pero están dormidas.

Lo sé porque cuando camino entre ellas no florecen.

Tengo que despertarlas para que puedan mostrar sus hermosas inflorescencias al Creador y orar conmigo.

Veo los animales a la distancia.

También están dormidos,

lo sé porque caminan con la cabeza gacha.

Tengo que despertarlos para que sus crías puedan nacer y jugar.

Tengo que despertarlos para que puedan caminar como es debido y orar al Creador.

Veo que hay asimismo gentes,

también están dormidas,

lo sé porque no salmodian las canciones del corazón.

Tengo que despertarlas para que sus corazones puedan hablar con el Creador.

Una vez que haya despertado al mundo mineral, al mundo vegetal y al mundo animal, la gente también se despertará.

Entonces el Creador escuchará nuestra oración y me verá.

Sobre la llamada a la oración

Un día iba caminando por el campo. Miraba todas las piedras y rocas. Estaban ahí, simplemente ahí, mudas e inmóviles. Entonces comprendí que no oraban. Pero mientras yo pensaba eso, empezaron a orar. Y surgieron los minerales más hermosos que uno pueda imaginarse: diamantes y esmeraldas, cristales, plata, oro, platino, innumerables piedras de refulgentes colores y espléndidas formas. Eran la prueba de que el mundo de los minerales ora a su Creador.

Seguí caminando y mirando las plantas. Estaban simplemente ahí, mudas e inmóviles. Pero mientras las contemplaba, empezaron a orar y revelaron sus inflorescencias más hermosas, fuertes y fascinantes, una infinita e indescriptible diversidad de flores y árboles. Eran la prueba de que el mundo de las plantas recita sus oraciones.

Seguí avanzando por mi camino y llegué al mundo de los animales. Vi a todos los seres que nadan, reptan, caminan y vuelan. Estaban ahí, pero se limitaban a vivir. Sin embargo, empezaron a orar. Y procrearon a todas sus maravillosas crías. Daban vida a nuevos seres y poblaban la Tierra con maravillosas criaturas en una plétora que ningún ser humano podrá contar nunca.

Luego vi al ser humano. Se veía agobiado, oprimido y exhausto. Hasta el día en que empezó a orar. Entonces se levantó y sonrió. Y la belleza afloró de su corazón. Y se irguió cuan alto era. Y ahí se quedó, erguido en toda su fuerza y belleza, exactamente como debía estar.

Por eso nos llega a todos la llamada a orar. Cuando escuches esa llamada, síguela. Yo oro para que tú aprendas a orar. Entonces vivirás el mundo de los minerales en su increíble belleza, entonces verás el mundo de las plantas en su cautivadora plétora, entonces te alegrará el mundo de los animales con toda su diversidad. Y *el espíritu* del hombre dibujará una sonrisa en tus labios.

Entonces tú también invocarás al Uno Grande.

Los hombres de Groenlandia oriental dicen: cuando el sol se levanta y nosotros salimos a saludarlo, está tan lleno de fuerza y es tan grande que también nosotros, hombres pequeños y débiles, nos sentimos grandes y llenos de fuerza. Para nosotros es como si el sol fuera a retumbar por todo este maravilloso mundo. Y esta es la razón por la cual hablamos con nuestro Creador en voz tan alta como podemos. De otro modo, el sol no dejaría oír nuestras voces. Por eso oramos con toda la fuerza de nuestra voz cuando celebramos la ceremonia del sol naciente. El cántico sale de lo más profundo de nuestro ser. Dejamos que suba y ofrendamos nuestro ser más íntimo al Creador. Cantemos en voz tan alta como podamos. De lo contrario, el Uno Grande no nos vería y tal vez tampoco nos escucharía.

Esta es la razón por la cual muchos nativos de América del Norte y del Sur dicen en sus oraciones: «¿Dios, puedes verme?» «¿Dios, puedes escucharme?» Pues, en efecto, no lo sabemos. Somos seres muy pequeños en medio de una creación inmensa. Si balbuceas con voz apagada: «Dios mío, escúchame», no te escuchará. Pero si sigues la llamada a la oración cuando estés en casa, en medio de la gran naturaleza, puedes estar seguro de que serás escuchado. Ora con fuerza desde tu corazón y Él te escuchará.

¡Y ora junto con otros! Si cantamos juntos, nuestro cántico subirá al Gran Cielo.

Espero y oro para que algún día tú y yo entonemos juntos este cántico.

Sobre el orar

En cierta ocasión entré en una iglesia en San Petersburgo. Era un día malo. Me había llegado la noticia de que mi sobrina había tenido un accidente automovilístico mortal en Groenlandia. Me hacía falta un momento de calma. Quería concentrarme. Quería preguntar al Creador por qué se había llevado a mi sobrina, pese a que era tan joven y bonita, de apenas quince años. Necesitaba apoyo espiritual. Cuando entré en la iglesia, la atmósfera era gélida, nada resultaba atractivo, ninguna calidez salía de aquel lugar. Nadie me saludó. Todo era muy solitario, aunque en las bancas de madera había mucha gente sentada, al parecer absorta en profundas oraciones.

Cuando miré a mi alrededor tuve la sensación de que ahí estaba fuera de lugar. Pero tampoco podía irme sin más. Pues necesitaba encontrar la respuesta a la pregunta de por qué me habían arrebatado a mi sobrina, aunque ahí no hubiera nadie que pudiera ayudarme. De modo que me acerqué al altar y admiré los preciosos objetos litúrgicos. No me estaba permitido tocarlos. ¿Qué otra cosa podía hacer, aparte de desempacar mi tambor? De modo que cerré los ojos y llamé —en total silencio— a mi Creador. Cuando hube concluido mi ceremonia, me sentí en casa. Nuevamente podía estar de pie, lleno de fuerza y erguido.

Abrí los ojos. Delante de mí había un hombre de pie, vestido con una larga sotana. En la cara llevaba una impresionante barba larga. Me miró. Lo miré, me llevé la mano al corazón y le hice una reverencia, agradecido de que me permitiera estar en su iglesia. Él dijo: «¡Eso es una oración!» y se marchó. Yo no había hecho ninguna exhibición con mi ple-garia. No era mi intención que la demás gente escuchara mi cántico. Simplemente tenía que hablar con mi Creador. Eso era todo. Pues me sentía solo y hacía frío. Y mi sobrina estaba muerta. Él nos la había arrebatado, a mí, a su madre y a su padre. Y yo necesitaba una respuesta.

¿Por qué lo complicamos todo tanto? En el Norte te encuentras con gente que sube a la cima de un cerro y canta. Tú escuchas. Y si escuchas bien, tendrás claro que eres parte de su oración. No eres un simple espectador u oyente. Eres parte de la oración. Como el sacerdote en San Petersburgo fue parte de mi oración.

Para los ancianos «orar significa hablar la lengua del Creador». Dicen: «En el transcurso de tu vida aprenderás esa lengua». No sé cómo. Pero sé que todo se transforma cuando la gente ora desde lo más profundo de su ser: el tono, la lengua, las miradas, el *espíritu*... A menudo lo he observado en los Más Ancianos. Una energía diferente llena el espacio. Y tú puedes sentirla.

Orar no significa pedir al Creador esto o aquello. Orar significa: abro mi corazón a mi Creador. Orar significa: ser consciente. Orar significa: rastrear en silencio lo que tienes que decirle a tu creador, meditar y mover tu plegaria en el corazón hasta que en ti surja una respuesta. Tu tarea será luego hacer que dentro de ti viva lo que has percibido como respuesta. Dios te ha *respondido*, y dar forma a su *respuesta* es ahora *responsabilidad* tuya.

Son muy pocos los hombres que oran así. La mayoría se dirigen al Creador como a un amigo al que le piden algo y del cual suponen que procurará concederles lo que le piden. Luego se sientan y aguardan hasta el final de sus días a que aquello ocurra. Esperan un milagro, pero no ocurre. La época de los milagros ha pasado.

El único milagro que ha quedado es el milagro de que estés vivo. ¿Por qué esperan los hombres en vano un milagro? ¿Por qué esperan el cumplimiento de sus ruegos y oraciones?

Porque no han movido sus oraciones en el silencio del corazón. Porque no perciben la respuesta a sus oraciones ni asumen la responsabilidad por ellas. Por eso, dicen los ancianos, una oración sin obras carece de valor. Si no hago seguir ninguna obra a mi oración, ésta será un palabreo vano.

*Una oración no seguida por
una obra sólo será un
palabreo vano.*

Cualquiera puede decir palabras altisonantes. Pero muy pocos son capaces de hacer que las obras sigan a sus palabras. También a mí me cuesta a menudo hacerlo. Cada

día lucho conmigo mismo. Pues no quiero ser uno de aquellos que sólo hablan y nunca actúan.

Sobre la oración más hermosa

Para mis oraciones no necesito ninguna iglesia. Me subo a un cerro. Lo veo cada día, pero no subo cada día a su cima. Cuando subo a su cima es para hablar con mi Creador. Busco la intimidad del diálogo con Él. Y entonces le abro mi corazón. Y estoy en casa, como debería estarlo también en la iglesia. Estando allí hablo con mi Creador y estoy en casa. Así debería ser.

Cuando estás en casa allí, estás en casa en todas partes. Para nosotros, los esquimales, esto es importante porque vivimos en la isla más grande del mundo. Y somos muy pocos. El país es inmenso. Por eso es importante estar en casa. Y no sólo en Groenlandia. En todas partes. La iglesia más grande de este mundo se llama: naturaleza. Si la frecuentas llegarás a casa, a casa en ti mismo. Sólo que muy pocos queremos llegar a casa. Pues no sabemos quiénes somos. Y ¿cómo podríamos llegar a casa si no sabemos quiénes somos? Es imposible. Tenemos, pues, ante nosotros la tarea de conocernos, pues de lo contrario no podremos llegar a casa. De lo contrario no podremos florecer.

La oración más hermosa es un hombre floreciente: erguido, lleno de fuerza y de belleza. Para eso estamos hechos. En todo tiempo. No un espíritu inclinado, no un cuerpo inclinado, sino erguido, lleno de fuerza y de belleza. Eso es lo que el Gran Cielo —otros lo llaman *dios*— ha previsto para nosotros. Por él caminamos erguidos, por él caminamos llenos de fuerza y de belleza. Por él florecemos. Como las plantas, como los animales, como las piedras.

Tal vez te preguntes: ¿cómo puedo orar de esa manera? ¿Dónde está mi iglesia? Aquí no hay naturaleza. Aquí no hay quietud. Aquí no hay intimidad para iniciar un diálogo con el Creador. Y tienes razón. La vida moderna dificulta el diálogo con el Creador. Todos estamos tan preocupados por ganarnos el sustento que hemos olvidado orar. Esta es la verdadera tragedia.



*Ceremonia del fuego sagrado, Aajuittup Tasersua. Groenlandia occidental,
19 de julio de 2009.*

Sobre los chamanes

Muchos se imaginan que un chamán es una especie de mago o encantador: alguien que dispone de fuerzas sobrenaturales.

Crean que el chamán es un personaje exótico, que va ataviado con trajes extraños. Sin embargo, no es eso lo que distingue a un chamán. Un chamán es un ser humano como tú y yo, un hombre entre los hombres. Un chamán no es un superhombre, sino un hombre real, un hombre que vive prestando siempre gran atención a todo, un hombre que se estudia a sí mismo y ha indagado los tres mundos dentro de sí mismo y por eso está en condiciones de acompañarte en tu camino interior, de ayudarte a conocer tu propia belleza, amarte y llegar hasta ti mismo.

A un chamán no lo reconocerás por su tambor, ni por sus vestimentas, ni por sus ceremonias. A un chamán lo reconocerás por su presencia, por su estar atento, por su amor. No es chamán todo aquel que (en tu imaginación) tenga aspecto de serlo. Hay chamanes que no tienen aspecto de chamanes y lo son. El Dalai Lama, por ejemplo, es un chamán. San Francisco de Asís también lo era. Grandes maestros que se enfrentaron a la responsabilidad de mostrar el camino a los hombres.

Las enseñanzas de los chamanes tratan siempre de ti. Te revelan algo sobre tu vida. Cuando se dice, por ejemplo, que los chamanes viajan al mundo inferior, eso no significa que atraviesan la tierra y las piedras, sino que descienden a las profundidades de la vida humana. Y cuando se dice que allí se encuentran con mucha gente, se quiere decir que ponen al descubierto todas las relaciones que vinculan a cada hombre con muchos otros. Así exploran los abismos y profundidades de la vida. Si yo desciendo al mundo inferior de tu vida, podré saber quién eres y ayudarte a saberlo. Porque esto es lo más importante: saber quién eres. Los ancianos dicen: «Conocernos a nosotros mismos, tal es la razón por la que recorreremos el mundo». Pues cuando nos conozcamos a nosotros

mismos, conoceremos al Creador. Dicen: «¡Tú eres un trasunto del Creador!» ¡Un trasunto, no un doble! No tengo el mismo aspecto del Creador, pero soy su trasunto. Por eso conoceré al Gran Uno cuando me conozca a mí mismo, su trasunto. Este es el sentido de nuestro viaje por la vida.

Pero como las ataduras inextricables son en mí poderosas, a menudo resulta difícil conocerme. Muchos hombres temen conocerse. De ningún modo quieren llegar a sí mismos. Le temen a su esencia oculta y prefieren dirigir su atención a otros. Se dejan desviar de sí mismos.

Por eso tenemos las enseñanzas, para dirigirnos de nuevo hacia nosotros y abrir los ojos a nosotros mismos. Las enseñanzas nos ayudan a hacerlo. Así como los chamanes. Son instrumentos que te ayudan a comprenderte mejor. Descienden a tus profundidades y te revelan algo sobre tu esencia oculta. Echan una mirada a tus instintos y sacan a la luz los impulsos ocultos de tu quehacer.

Centran tu atención en descubrir quién o qué te ha marcado, con quiénes te has encontrado, qué has visto y vivido, a quiénes has herido. Así te abren los ojos para que veas dentro de ti mismo. Hacen que tomes conciencia de lo que tus obras han conseguido. Esto puede ser doloroso, penoso y vergonzante. Pero sólo cuando seas consciente de qué huellas has dejado en tu vida, podrás comprenderte a ti mismo. De esto un chamán nunca te acusará. No habla de pecado, sino de perdón. Esta es la gran diferencia. Pues mediante el perdón llegamos a aceptarnos y a reconocernos como trasuntos del Gran Uno.

Y sólo cuando te comprendas y tengas claro qué eres y quién has
Si quieres comprenderte a ti mismo, llegado a ser, podrás dominar tu vida
mira qué huellas has dejado presente.
en tu vida. En esto también puede ayudarte un
 chamán. Lo hace recorriendo tu mundo

humano, como decimos nosotros. El «mundo humano» es tu vida cotidiana, tu familia, tus amigos, tus conocidos. Cuando él vaya ahí, verá muchas cosas y te contará con quiénes y con qué se encontró. Tendrá muy en cuenta qué influencia tiene sobre ti toda esa gente. A menudo tiene una gran influencia, pero tú no eres consciente de ello. A menudo tú también tienes una gran influencia sobre ellos, pero tampoco eres consciente de eso. Simplemente porque vives al buen tuntún, por-

que vas por la vida a ciegas, hiriendo sin darte cuenta a quienes te rodean. El chamán te hará ver todo eso. Te hará tomar conciencia de tu mundo humano.

Y sondeará el espacio de tus posibilidades. Es lo que queremos dar a entender cuando decimos que el chamán recorre el Gran Cielo. Al hacerlo y contártelo ampliará tu horizonte y te abrirá para que de verdad puedas llegar a ser el que eres, con todas tus partes. Para que puedas caminar por la vida erguido y lleno de fuerza y de belleza.

La misión del chamán es acompañarte en tu camino interior. Está ahí para hacer que te conozcas a ti mismo y tomes conciencia de lo hermoso que eres. De suerte que puedas conocerte y amarte a ti mismo. La tarea de los chamanes es ayudarte a conseguir esto mediante enseñanzas, historias y, sobre todo, mediante ceremonias.